

La dramática del espejo



NATALIA MIRZA LABRAGA¹

INTRODUCCIÓN COMO EPÍLOGO

La idea de este trabajo es aproximarnos a los momentos iniciales de la teorización lacaniana, en particular a sus planteos acerca del Estadio del espejo. Sin embargo, a modo de introducción, pero solamente a posteriori de la escritura (de ahí el subtítulo), me vi necesitada de reencontrarme con el inicial impacto que la lectura de estos textos produjo en mí. Impacto que quizás el esfuerzo del recorrido y el afán de ordenamiento y síntesis habían dejado demasiado atrás. Porque si algo aprendimos de este «terrible» francés, es que el orden y la síntesis son trampas que dejan afuera lo esencial, que desconocen y recortan.

La lectura de Lacan no es para nada plácida. Es un autor que incomoda, que irrita, que obliga a la relectura permanente de cada párrafo, casi de cada palabra. En consonancia con sus planteos conceptuales, él no hace un desarrollo temático que se pueda seguir como sucesión de elementos, en una sola línea, de crecimiento diacrónico. Por el contrario, la lógica es también la del a posteriori, la del espiral, la de la aparente repetición que en realidad aporta cada vez nuevos sentidos, los cuales, a su vez, resignifican los anteriores. Pero también la de la simultaneidad, la sincronía y la condensación conjugando multiplicidad de sentidos y líneas de pensa-

1 Analista en formación en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, nmirzal@gmail.com
Montevideo, Ibiray 2292 – Teléf.: 2711-4910

miento a veces en una frase. Algunas de ellas son extremadamente largas y se encabalgan unas con otras sin pausas. En otras, sorpresivamente, se produce un salto y un punto, un final inesperado, como si la lógica de las puntuaciones también fuera diferente y novedosa: se deja una parte aludida pero desaparecida y a uno se le escapa como cuando se intenta comentar un poema.

Sin embargo, hay un tipo especial de apertura que se produce a partir de estas conceptualizaciones que hace repensar y mirar desde otra perspectiva nuestras experiencias. Concebirnos engañados y engañando, prisioneros pero también vivos en función del deseo del otro, inaprensibles y alienados aún para nosotros mismos, pero movidos por una verdad que desconocemos y que es la del sujeto del inconsciente. Son aspectos que desde la clínica se nos actualizan una y otra vez y que nos posicionan de una manera muy diferente en la escucha, en una revisión saludable pero también difícil de nuestro quehacer.

DE LA INSUFICIENCIA A LA ANTICIPACIÓN

En 1936, en el Congreso de Marienbad, en apenas 10 minutos e interrumpido por un estricto Ernest Jones, el entonces joven y prometente psiquiatra francés Jacques Lacan expuso lo que devendría uno de los conceptos fundamentales de su complejo y profuso pensamiento: el Estadio del espejo. Tiempos inaugurales de una lectura psicoanalítica que proponía una «*vuelta a Freud*» luego de que la psicología del Yo y otras líneas de pensamiento habían «*limitado*» y «*degradado*»² sus conceptos fundamentales, aliviando su poder urticante y/o escandaloso.

El texto en ese entonces interrumpido permanece desconocido porque Lacan no lo entrega a la secretaría del Congreso y es publicado solo en parte en su artículo «La familia» para la *Encyclopédie française*, publicado en 1938. De todos modos, las ideas se retoman y se exponen trece años después, en el Congreso de Zurich, de 1949. Allí, en el texto extenso

2 Asimismo lo dice en *Los Nombres del Padre* (Lacan, 2005, pág. 14)

título condensa el núcleo central del contenido («El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica»), plantea:

«...la cría de hombre, a una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal. (...) Este acto, en efecto, lejos de agotarse, como en el mono, en el control, una vez adquirido, de la inanidad de la imagen, rebota en seguida en el niño en una serie de gestos en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado, y de ese complejo virtual con la realidad que reproduce, o sea con su propio cuerpo y con las personas, incluso con los objetos que se encuentran junto a él.» (Lacan, 1949, p. 99).

La reacción del niño, entonces, no se agota en un reconocimiento de sí, sino que agrega el juego de movimientos y el júbilo. Alegría frente al descubrimiento de la correspondencia propioceptiva entre sus movimientos y los de la figura en el espejo, pero sumado a ella, alegría por la liberación transitoria de las trabas de la dependencia y de la impotencia motriz en las que se ve sumido. De este modo, entonces, el infans (el niño antes del lenguaje) puede acceder a *«la forma total del cuerpo, gracias a la cual se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder...»* (Lacan, 1949, p. 100).

Hay un desfase, una «discordancia primordial» entre la inmadurez, incoordinación e indefensión del infans y ese borde, ese contorno humano que le hace encontrarse con una forma posible y reconocible; se trata de una identificación imaginaria en la que lo visual se impone e impregna el salto hacia lo que aún no es.

Pero además, tal forma no le es dada sino *«como Gestalt, es decir, en una exterioridad donde sin duda es más constituyente que constituida...»* (Lacan, 1949, p. 100), es una imago, una *Urbild* en la que el niño se proyecta e incluye un espacio, un «medio ambiente», «personas», «objetos» que lo contextúan.

El acontecimiento esencial de que se trata es la génesis misma del Yo, que *«se constituye por primera vez en el espejo como forma ortopédica que reúne los pedazos para dar una totalidad, un cuerpo perteneciente a un sujeto»* (Backes-Clement, 1983, p. 117).

Lacan «realza y radicaliza –el concepto freudiano de identificación como pasaje de un afuera hacia adentro–, yendo a lo más original: el nacimiento mismo del yo» (Julien, 1992, p. 34). «*El narcisismo primario define a un ser todo afuera de entrada, librado al otro y sujeto al acontecimiento*» (Julien, 1992, p. 34)

Se trata, entonces, de «*La transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen*» (Lacan, 1949, p. 100), transformación que, tal como modeliza la banda de Moebius, rompe las categorías adentro-afuera, interno-externo para dar lugar a una continuidad estructurante. Una identificación primaria que será, a su vez, tronco de las identificaciones secundarias.

Al igual que la ruptura con las categorías adentro-afuera, esta noción de «anticipación» resulta particularmente genial, fundamentalmente por su potencialidad heurística. Correlativa del a-posteriori, supone también una abolición del tiempo lineal y del: antes-después, primero-segundo. Se trata de un quiebre con el pensamiento desarrollista o evolutivo, en el que el niño va adquiriendo aptitudes y capacidades a lo largo de su crecimiento, para sustituirlo por una modalidad espacio-temporal también moebiana, en donde los sentidos se van generando en el salto hacia lo que no es aún y el reconocimiento ‘après-coup’ de lo que fue. Tiempos lógicos y no cronológicos, aunque sí se pueda seguir una secuencia.

Modalidad propia de la cadena significante, que en el movimiento del punto de capitón, va hacia adelante para marcar algo que solo se podrá anudar con significatividad en relación con lo anterior, después.

Decíamos que en el infans, ese salto de anticipación, ese abismo de distancia, supone la brecha entre lo que es: una masa informe de órganos y sensaciones, y lo que será: la criatura integrada y humana que se ve en el espejo.

Sin embargo, esta distancia está atravesada por lo otro que también el niño ya es, aunque aún no lo pueda hacer propio. El ya es «*his majesty the baby*», como Freud captó con singular lucidez: «*enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación... como una vez nos creímos*» (Freud, 1914, p. 88). Es el rey en la mirada de amor de la madre, amor que lo marca, erotismo que ha

impreso y seguirá imprimiendo efectos. Es la maravilla de sus padres, su «*narcisismo redivivo*», el ser que ya tiene un nombre desde antes de su nacimiento, un género, aquel que tiene un lugar prefigurado previo incluso a su concepción. Un lugar en la familia, pero también en la red social y cultural que le precede.

Justamente, esa es la «*matriz simbólica*» en la que el Yo se precipita. El infans es zambullido en un mundo desconocido pero prefigurado, en una estructura que le antecede y sostiene, que le ha delineado un molde, una forma previa desde el lenguaje, el nombre y el deseo del otro.

Lacan, entonces, a este encuentro con la imagen virtual y el placer del reconocimiento que conceptualiza como la constitución del Yo ideal, anuda la dimensión del atravesamiento por la mirada de la madre, más explícitamente en «De nuestros antecedentes»: «*ese objeto evanescente entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que de alguna manera lo asiste, aunque solo fuese por asistir a su juego*» (Lacan, 1966, p. 77). La madre que lo mira mirarse y el niño que constata en su mirada ser objeto de su deseo, lo cual se vuelve el suyo propio.

El deseo de la madre, a su vez, lleva en sí la dimensión simbólica de su propia castración, es decir, todo lo que va más allá de ella y de su hijo, todo lo que de él se le escapa y lo que es inconsciente para ella, es decir, lo que no es apresable para ninguno de los dos. Una prohibición al incesto y la reintegración de su producto, que significa la muerte y que es correlativa de la prohibición al niño de la unión con ella y el regreso al útero³. Lleva en sí, entonces, el Nombre del padre, la cultura y el lenguaje: el Ideal del Yo. De este modo, Yo Ideal e Ideal del Yo se vuelven inextricables y solidarios uno del otro en relación al espejo.

Porque si la madre captura al hijo como su falo y no existe este movimiento de oscilación de las miradas, este «espacio circundante», esa castración inscripta en ella simbólicamente, todo podría quedar en una

3 Ideas que nos remiten a la 'eficacia simbólica' y las 'estructuras elementales del parentesco' de Lévi-Strauss, pero también a las fantasías primordiales freudianas de regreso al útero materno, en doble prohibición, tanto a la madre como al hijo.

captura imaginaria del Yo (Moi) y del Yo ideal, sin poder darse la dimensión simbólica del Yo (Je) y del Ideal del Yo.

El amor de la madre hace marca desde la sexualidad, desde la mirada, el tacto, la voz. Se trata aquí de una escena en la que fluye un «dinamismo libidinal», dice Lacan. Pulsión escópica de la madre que despierta la pulsión escópica de su hijo, al mismo tiempo que la acota, la limita, marca la represión y el niño que se apodera y se identifica con ese «rasgo unario» materno en el que percibe su deseo de que él viva.

Retomando entonces, la escena que Lacan concibe en torno al espejo parte de un 'acontecimiento' real, de un momento en el que el infans, desde el punto de vista del reconocimiento (cognitivo y afectivo) descubre con placer su propia imagen (lo cual ya habría desarrollado Wallon en sus planteos), pero es este un acontecimiento cargado de significación y de consecuencias, portador de una efectividad crucial para el ulterior desarrollo de la vida psíquica. Por eso dramático, en el sentido de «*suceso de la vida capaz de interesar o conmover vivamente*»⁴, así como por tratarse del despliegue de una escena, cuyo argumento desde el lenguaje se desarrolla en acción.

Y la efectividad crucial alude a los efectos en la estructuración psíquica, porque la dramática que se desarrolla frente al espejo es metáfora misma del movimiento que da origen al Yo, como incorporación de una observación de sí: paranoico, imaginario y narcisista.

Por último, es además, un modelo que da cuenta de una forma de pensar el psiquismo y los orígenes del Yo afirmándose en la exterioridad y en el deseo del otro, como descentramiento y alienación radical.

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE REALIDAD

Muchos años antes, el propio Freud había hecho trizas la ilusión filosófica de los hombres de conocerse a sí mismos «instalando» un cuerpo extraño en el psiquismo: el inconsciente. «Entidad» que (más allá de las diferentes

formas que pudo ir adoptando) podría ser definida justamente por su formulación como negación de la conciencia (in-conciente). Herida mortal al narcisismo, puesto que en tal poderosa capacidad se edificaba hasta entonces lo específicamente humano: «El hombre es conciencia de sí. Es conciente de sí, conciente de su realidad y de su dignidad humana y es en esto que difiere esencialmente del animal...» (A. Kojève en Introducción a la lectura de Hegel, citado por D. Gil, 1995, p. 120).

Se trataba de un golpe que dejaría por siempre al individuo a merced de fuerzas no controlables o solo parcialmente cognoscibles y por tanto, alienado de sí mismo.

El planteo freudiano, quizás por el peso de la cuestión económica en él, parte de una concepción de origen del individuo más bien cerrado sobre sí mismo (narcisismo primario) que, paulatinamente, se va abriendo a los intercambios con el mundo y los otros, pero que está básicamente atravesado por una conflictiva intrapsíquica.

Sin embargo, también es cierto que muy tempranamente en su obra⁵, al conceptualizar la primera experiencia de satisfacción, abre de modo sustancial al «*otro auxiliador*» (Freud, 1895, p. 362) sin cuya «*acción específica*» no hay sobrevivencia posible a la indefensión y el desamparo. Y agrega enigmáticamente: «*el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales*», como si también allí abriera espacio para lo que, a través de los padres, el niño recibe de su colectivo, sus normas, su lenguaje, su cultura, sus ideales.

Estas ideas, que retoma en otros textos tales como Tres Ensayos, Psicología de las Masas, El yo y el Ello y fundamentalmente Introducción del Narcisismo, dan cuenta de la entrada en el psiquismo de la pulsión sexual y del narcisismo de los padres haciendo marca y generando vida psíquica desde el comienzo.

De todos modos, si Freud había inaugurado el camino, Lacan parece ir aún más allá. Es así que, siguiendo a P. Julien, «*subvierte la naturaleza del narcisismo primario: –para concebirlo– ya no como un adentro cerrado sobre*

sí mismo, sino un afuera constitutivo de un adentro, una alienación originante» (P. Julien, 1992, p. 38). Es decir, descentra también al sujeto de su propio origen, concibiéndolo solo a partir de una exterioridad que lo constituye: la del deseo del otro. Con respecto al tema del Yo y sus potencialidades, Freud se resarcía de la pérdida del poderío de la conciencia apostando por una «reconquista» de los terrenos cedidos: «*donde ello era Yo debe advenir*», en un afán de que las funciones yoicas, el principio de realidad, la síntesis, el conocimiento racional, pensamiento y proceso secundario, «domeñaran» los «retonos» del inconsciente y permitieran el acceso a la realidad «objetiva»⁶.

Lacan revoluciona una vez más esta lectura, advirtiéndonos de cómo el Yo se constituye en una rigidez de armadura y en función ya no del conocimiento sino del desconocimiento. Solidez engañosa y engañada, al tiempo que «pasional», atravesada por el afecto, la pulsión y el pathos (sufrimiento), destinada a engendrar para el Yo «*las negaciones mortales que lo coagulan*» (Lacan 1948, p. 118).

La idea freudiana que depende del «*espejismo de objetivación*» (Lacan, 1948, 120) y que orbita en la prevalencia del sistema percepción–conciencia, ignora «*el hecho de todo lo que el yo desatiende, escotomiza, desconoce en las sensaciones que lo hacen reaccionar ante la realidad, como de todo lo que ignora, agota y anuda en las significaciones que recibe del lenguaje...*»⁷

El sueño es un jeroglífico, postulaba Freud, pero también «*el síntoma expresa algo estructurado y organizado como un lenguaje*» (Lacan, 2005, p. 28). «*Hay allí una competencia, una superposición de símbolos, tan compleja como lo es una frase poética que vale a la vez por su tono, su estructura, sus retruécanos, sus ritmos, su sonoridad. Todo ocurre en varios planos y es del orden y el registro del lenguaje*» (pp.28-29), «la noción que tenemos del neurótico es que en sus síntomas mismos yace una palabra amordazada» (p. 33), amordazada en el decir pero que no cesa de hacer «cuerpo».

6 También es cierto que, desde la Interpretación de los Sueños hasta obras más tardías como Análisis terminable e interminable, Freud da una mirada muy diferente sobre este tema, reconociendo lo incognoscible, el ombligo del sueño, la dificultad para el cambio psíquico, el límite, la 'roca dura'.

7 El pensamiento freudiano da cuenta de la captación de estos fenómenos, por ejemplo en La Negación, en donde describe cómo el Yo acepta algo en la conciencia a condición de que se deje negar (1976 e, p. 253).

YO EL OTRO / YO O EL OTRO / YO ES OTRO

El encuentro con el otro del espejo, decíamos, supone un momento de reconocimiento y de identificación. Pero este está enmarcado en una dialéctica de comportamiento del niño ante su semejante que es definido como «transitivismo» y que supone una variedad de peculiar identificación con otro niño de edad similar. De este modo, el niño que ve caer a otro, llora, el que pega dice haber sido pegado.

El otro del espejo se devela como igual, como hermano, pero también como enemigo. ¿Quién es ese otro sino un rival que despierta el odio más intenso al ofrecerse como objeto de deseo del otro? Se dispara así una competencia agresiva y paranoica que exige la eliminación del otro para la sobrevivencia propia, enfrentando al sujeto a la ineludible paradoja: se necesita ser otro para ser – se necesita eliminar al otro para ser. «*El yo es eso en lo que el sujeto solo puede reconocerse primero alienándose. Solo puede, pues encontrarse suprimiendo el alter ego del yo*» (Lacan, 2005, p. 36).

Esa tensión agresiva permanente en la relación con el semejante es correlativa de la «pasión narcisista» y de la alienación especular, dice en la Tesis IV de *La agresividad en Psicoanálisis* (Lacan, 1948, p. 120). Determina todas las formas, desde las familiares rivalidades fraternas y la desconfianza ante del extranjero, hasta el asesinato y el genocidio, en que la aprehensión y el odio ante el otro se exterioriza.

Confronta a la ineludible verdad de «*Yo es otro*», «*menos fulgurante a la intuición del poeta que evidente a la mirada del psicoanalista*» reconoce Lacan (Lacan, 1948, p. 122), con lo cual se admite la alienación y el desconocimiento radical que nos atraviesa (puesto que no somos aquello que creemos ser) pero que dispara al mismo tiempo la búsqueda de un parecido, de un molde y de una comunidad en la que ampararse y reconocerse. Poder promulgar «*soy un hombre*», que no puede querer decir más que «*soy semejante a aquel a quien, al reconocerlo como hombre, fundo para reconocerme como tal*» (Lacan, 1948, p. 121). Y ese es el drama del espejo.

Será la palabra, como dimensión simbólica, palabra que también es «acto» (cachetada, caricia) y a veces «objeto» la que hará de mediadora en la tensión agresiva entre los hombres.

La posibilidad sublimatoria de la agresividad es la de lo simbólico, la de la función «pacificante» del ideal del yo, es decir, «la conexión de su normatividad libidinal con una normatividad cultural, ligada desde los albores de la historia a la imago del padre» (Lacan, 1948, p. 121).

Como en el Totem y Tabú freudiano, tras el asesinato del padre, hay una participación colectiva que neutraliza el conflicto entre hermanos y que se basa en la identificación con el Totem paterno. «*Así, la identificación edípica es aquella por la cual el sujeto trasciende la agresividad constitutiva de la primera individuación subjetiva*» (Lacan, 1948, p. 121) para inscribirse en una ley y normatividad colectiva.

Identificación primaria y fijación a un «ideal» imaginario (Yo ideal), que «*estructura al sujeto como rivalizando consigo mismo*» (Lacan, 1948, p. 121) para preparar, entonces, los avatares del Edipo y las identificaciones secundarias.

«*Toda relación de dos está siempre más o menos marcada por el estilo de lo imaginario (narcisista). Para que una relación adquiera su valor simbólico, se necesita la mediación de un tercer personaje que realice respecto del sujeto el elemento trascendente, gracias a lo cual su relación con el objeto puede sostenerse a cierta distancia*» (Lacan, 2005, p. 40).

Si el sujeto no es rescatado de esa alienación en el otro del espejo por la mirada de la madre, sucumbe en la imagen y se pierde en ella. «*Porque lo que él busca no es meramente la imagen del otro, sino la mirada del Otro. Si no es mirado, al no haber mirada que lo reconozca, no se reconoce y tiene que crearse a sí mismo como extraño, para encontrarse fuera, de alguna manera como alguien (yo) –otro– que lo reconozca*» (Gil, 1995, p. 127). Esta es la duplicación siniestra del doble.

Freud aborda este tema en Lo Ominoso (Freud, 1919), ligándolo a la angustia de castración y a la muerte. «... *El recurso a esa duplicación para defenderse del aniquilamiento tiene su correlato en un medio figurativo del lenguaje onírico, que gusta de expresar la castración mediante duplicación o multiplicación del símbolo genital*», aunque en forma metonímica podría aludir al cuerpo todo.

Con una visión que parece anticipar los posteriores planteos lacanianos o que Lacan capta y reformula al pensar en el Estadio del espejo y en el transactivismo, Freud escribe acerca de «*la identificación con otra persona*

hasta el punto de equivocarse sobre el propio Yo o situar el Yo ajeno en el lugar del propio», «duplicación, división, permutación del yo» que relaciona con la muerte y con el «permanente retorno de lo igual» en la patología, pero que no deja de reconocer para los primeros tiempos de estructuración psíquica, porque especifica que se trata de representaciones nacidas en el terreno del narcisismo, del «irrestricto amor por sí mismo» (Freud, 1919).

Siguiendo esa línea, Daniel Gil propone otra lectura dirigida hacia «la relación con el Otro en el interjuego del narcisismo y las vivencias de fragmentación», entendiendo la duplicación como una falla del narcisismo, una alteración en la identificación primaria por este «no reconocimiento por parte de la madre» (Gil, 1995, p. 132). Allí sí, volviendo a Freud «el doble, de seguro de sobrevivencia pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte» (Freud, 1919).

EL CUERPO FRAGMENTADO

«El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación y que para el sujeto, preso de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada de su cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad...» (Lacan, 1949, pp. 102-103).

Cuerpo fragmentado, concebido solo a posteriori de la unicidad imaginaria en una matriz simbólica, con el cual contactamos apenas tangencialmente, en la crudeza de algunos sueños, en los fantasmas e inervaciones históricas que delimitan síntomas de insólitas geografías corporales, en los padecimientos de la enfermedad orgánica, en el delirio, la alucinación o el arte.

En este sentido, Lacan destaca el poder de captación del registro imaginario de autores psicoanalíticos como Klein, pero también de un pintor como el Bosco, en una estética visionaria que se anticipa en siglos a lo que sus colegas surrealistas retomaran tanto tiempo después.

Pero más allá de ellos, 90 años después de las vanguardias, ¿qué diría Lacan del arte del siglo XXI? Seguramente él ya conocía algunas de las manifestaciones de avant-garde propias de los años 60 y 70: cine, teatro, happenings y performances en las que el cuerpo cobró un protagonismo singular, en sus deformidades y excesos. Pero a ellas siguieron moda-

lidades propias del final del siglo xx y comienzos del xxi, tales como las instalaciones o los mixed-media (audio, video, pudiéndose incluir hasta olor en las proyecciones) en las que el cuerpo fragmentado, distorsionado, violentado, presente en sus secreciones, mucosas, heridas o sangrados es una constante.

La colección de fotografías: «Desastres e Imágenes Repugnantes» de la artista norteamericana Cindy Sherman (1986-1990) en la que se ven desechos orgánicos, vómitos y heces es un ejemplo. Del mismo modo el –así llamado– arte «abyecto» en el que los cuerpos en pedazos se dispersan por el espacio escenográfico en esculturas de resina hiperrealistas o incluso la Wound Culture (cultura de la herida) en la que se muestra la fascinación por lo agónico, los cuerpos heridos o descompuestos que muchas veces se desangran frente al espectador o a la cámara de video.

Nuevos medios para un antiguo horror, el del despedazamiento, la evisceración, las «luchas intestinas», la desunión de los miembros. Sadismo extremo y vulnerabilidad máxima. Abandonando el afán de síntesis y de armados congruentes, el arte contemporáneo parece más que nunca dejar la «obra abierta»⁸, igual que las heridas, para «*exaltar las superficies de fractura*» (G. Wenn, poeta alemán, contemporáneo), dejar exhibido el cuerpo para mostrar, justamente, la dificultad de habitarlo y de representarlo, eso real irrepresentable que se presentifica desde el espasmo.

Sin embargo, más allá del arte y sus sugerentes escenarios, desde la clínica y en transferencia, la actualización de estos fantasmas revela, de una forma más encarnada e íntima su dimensión de sufrimiento, de límite y de enigma.

ESPEJISMOS

La lectura de estos escritos lacanianos también trajeron a mí dos elementos diferentes: un juego infantil con espejos y un poema. Los acerco, tal como subtité, a modo de espejismos, puesto que sé que se tocan solo

de manera virtual y borrosa con estos planteos, pero que por su mismo carácter engañoso de realidad disparan también ideas y asociaciones para seguir hilando.

El primero es el juego, que tiene que ver con el reflejo en los espejos de tres «lunas». En ellos, a la habitual imagen que surge en la hoja central, se añaden las dos generadas por las hojas de los costados.

De este modo se conforma al instante un trío cautivante, que multiplica presencia, gesto y movimiento. Y más allá de ese tríptico, aumenta la emoción ir moviendo las hojas laterales, en ángulos más o menos cerrados o abiertos, para que la imagen obtenida se multiplique al infinito –o en una mise en âbime, lo cual agrega la fascinación y el horror del abismo.

Placer de multiplicación de la imagen, repetición exponencial de dobles, a la que se puede sumar, fugazmente, la aparición del perfil del rostro propio que mira hacia otro lado. Ese es un momento especial: poder mirarse sin ser mirado, jugando a ser otro el que mira, el que espía y descubre lo que de otro modo no se podría ver. Captura, casi azarosa y furtiva, de un costado desconocido e inapresable de uno mismo.

Mirarse desde un punto de vista diferente permite escapar a la devolución exacta del rostro familiar y de simetría invertida del espejo frontal, que siempre está allí para devolver la misma mirada. Desencontrarse de esa devolución y encontrar un rostro propio pero extraño, familiar pero desconocido, tiene una connotación inquietante, ominosa, como la del doble. Pero también es jugar a ser los ojos con los cuales se nos mira, mirada materna, que mira mirarse.

El «espejo» es nuestra única forma de vernos enteros. La única posibilidad de integrar la imagen propia, que de otro modo sólo puede brindar el recorte que los ojos van delineando en las formas corporales. No solo no podemos vernos como un todo, sino que mucho menos podemos vernos la cara. La identidad solo puede venir de otro lado, de una exterioridad y como imagen virtual, mediada por otro.

Por último la poesía que, tratando sobre la Cinta de Moebius, parece estar también escenificando el encuentro con la otra cara del espejo:

(...) tanteo recorro camino la otra cara
la fabulosa cara la doble cara la misma
cara tu cara anacrónica
mi cara alquimia social
¿te asustas? ¿respiras? ¿comprendes?
te veo y nos ven sobremanera
el rostro semblante fachada
o superficie anterior no olvides
recuerda el anverso presencia
marchando a hasta para por
según sin sobre la cara de dos vueltas
interminables. (...) ♦

Cinta de Moebius (Amanda Berenguer, 1950, pp. 215–219)

RESUMEN

El trabajo intenta seguir algunas líneas abiertas por Lacan en su conceptualización del Estadio del Espejo.

La «escena» que Lacan concibe en torno al espejo, parte del reconocimiento (cognitivo y afectivo) de sí mismo por parte del infans, descubrimiento jubiloso y que anticipa una unicidad que no es tal aún. Es una Identificación imaginaria que se inscribe en un «dinamismo libidinal» intenso, atravesado por la mirada materna que, a su vez, lleva en sí la dimensión simbólica.

Se concibe a la dramática que se desarrolla frente al espejo como metáfora misma del movimiento que da origen al Yo, es decir, como incorporación de una observación de sí, constituyendo un Yo paranoico, imaginario y narcisista. Es un modelo que da cuenta de una forma de pensar el psiquismo y los orígenes del Yo de una forma radicalmente diferente a la de los planteos freudianos: afirmándose en la exterioridad y en el deseo del otro.

Se desarrollan brevemente las características del Yo que se perfilan a propósito de estos orígenes: descentramiento y alienación en el deseo del otro como motor de búsqueda, así como también las fallas en la especularidad que remiten al tema del doble y lo ominoso. Esto permite la apertura a algunas reflexiones acerca del arte contemporáneo y su relación con el concepto del «cuerpo fragmentado»

Descriptor: ESTADIO DEL ESPEJO

Autores-Tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

This essay tries to follow some of the lines opened by Lacan in his conceptualization of the Mirror Stage.

The «scene» that Lacan conceived around the mirror, starts on the recognition (cognitive and emotional) of himself by the infant, joyful discovery which anticipates a uniqueness that is not one yet. This is an imaginary identification that is inscribed on an intense «libidinal dynamism», shot through the mother's glaze that, at the same time, carries the symbolic dimension.

Conceives the drama developed in front of the mirror as the metaphor for the movement itself that gives rise to the «I», as the embodiment of self observation, forming a paranoid, imaginary and narcissist I. This is a model that realizes a way of thinking about the psyche and the origins of the self radically different from the Freudian pose: asserting in the external and the other's desire.

Briefly develops the characteristics of the self that are emerging with regard of these sources: runout and alienation in the other's desire as a search engine, as well as the failures in the specularity that refers to the dual's issue and the uncanny. This allows the opening to some reflections on contemporary art and its relationship to the concept of the «fragmented body».

Keywords: MIRROR STAGE

Authors-Subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

- BACKES-CLEMENT, C. – Lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real, en *La Psychanalyse*, Col. «Encyclopoche», ed. Larousse. Recopilación de los artículos de psicoanálisis de la Grand Encyclopédie Larousse. En: *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, N° 2, AUDEPP, 1983.
- BERENGUER, A. – La cinta de Moebius, en: *Constelación del Navío-Poesía 1950-2002*, Mvdeo., H. Editores, 2002.
- CASAS de PEREDA, M. – *Sujeto en Escena, El significante psicoanalítico*. Mvdeo., Isadora, 2007.
- FREUD, S. – Proyecto de Psicología (1895). En: *Obras Completas*, Bs. As., Amorrortu, T. I, 1976.
- Introducción del Narcisismo (1914). En: *Obras Completas*, Bs. As., Amorrortu, T. XIV, 1976.
- Lo ominoso (1919). En: *Obras Completas*, Bs. As., Amorrortu, T. XVII, 1976.
- El Yo y el Ello (1923). En: *Obras Completas*, Bs. As., Amorrortu, T. XIX, 1976.
- La Negación (1925). En: *Obras Completas*, Bs. As., Amorrortu, T. XIX, 1976.
- GIL, D. – *El Yo herido*, Mvdeo., Trilce, 1995.
- JULIEN, P. – *El retorno a Freud de Jacques Lacan. La aplicación al espejo*, México, Sítesa, 1992.
- LACAN, J. – De nuestros antecedentes (1966). En: *Escritos I*. Bs. As., Siglo XXI, 2008.
- El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949). En: *Escritos I*. Bs. As., Siglo XXI, 2008.
- La agresividad en Psicoanálisis (1948). En: *Escritos I*. Bs. As., Siglo XXI, 2008.
- *Los nombres del Padre*. Bs. As., Paidós, 2005